

No es lo mismo 'hombre' que el hombre asumido por el Verbo, esto es Cristo, dado que en el nombre 'hombre' solamente se entiende la naturaleza significada por tal nombre (en general), mientras que en el hombre asumido por el Verbo o, si se quiere en el nombre 'Jesús' ha de entenderse, junto con la naturaleza que le cabe en cuanto hombre (en general), la colección de propiedades que es una e idéntica con el hombre asumido y con el Verbo que lo asume, esto es, su más absoluta singularidad únicamente apelable aunque no significable.⁵² Por lo señalado, se ve que el sector X-XI cumple una función de hito textual en el que se entrecruzan categorialmente la significación y la apelación, lo universal y lo singular, a la par que se pone de manifiesto que tal entrecruzamiento categorial se hace imprescindible para referirse al singularísimo 'quiddam magnum' constituido por el 'deus-homo', Jesús de Nazareth.

Si ahora se consideran la primera parte de la epístola (sector II-IX) y la segunda parte (sector XII-XV) como opuestas a partir del punto de inflexión que ofrece el sector X-XI, no es difícil comprender el carácter especular de su texto y la índole especulativa del pensamiento de su autor. Recusando el triteísmo y el sabelianismo no se ha hecho más que reconstruir especulativamente la doctrina triunitaria, exponiéndola en su más excelente 'quiddam magnum', esto es, la persona del Verbo que conjuga y sella la más perfecta alianza entre Dios y el hombre en Jesucristo. Dicho de otro modo: sólo un Dios uno y único, trinitariamente constituido, es capaz de un evento como la encarnación. Posteriormente, a dicho evento ha dado en denominárselo secularización.⁵³

⁵² Sed quoniam et verbum est deus et ille assumptus homo est homo, verum est dicere quia deus et homo eadem persona est; sed in nomine 'dei', subaudiendum est verbum, et in nomine 'hominis', subintelligendus est filius virginis. EIV, XI, LIN 3-6 p. 30.

⁵³ Cfr. H.G.Gadamer, op.cit, pp. 422-431.

La normativa aristotélica de la expresión científica

por Eduardo Sinnott (Buenos Aires)

En los estudios acerca de la teoría aristotélica del lenguaje, la investigación del enfoque normativo se ha centrado preferentemente en el campo de la estilística poética y retórica.¹ Parece no haberse observado suficientemente que Aristóteles elaboró asimismo una normativa paralela referente a la expresión lingüística en el campo de la dialéctica y de la filosofía, esto es, en el campo de la expresión científica en general.²

La normativa aristotélica de la expresión poética y de la expresión retórica se hallan formuladas, respectivamente, en *Poética* xxii y en distintos lugares de *Retórica* III. La normativa de la expresión científica, que es la que me propongo discutir aquí, está expuesta principalmente en los *Tópicos*.³ Este tratado es, sin duda, anterior a la *Retórica* y a la *Poética*, y, en efecto, como se verá, la normativa expuesta en él anticipa en más de un aspecto el planteo correspondiente de aquellos textos. De la normativa de los *Tópicos* emanan, a mi modo de ver, los rasgos reconocidos como característicos de la expresión científica, cuyo primer teorizador fue Aristóteles.

1. La norma fundamental de la expresión científica

Como se verá, la normativa aristotélica de la expresión científica reposa en los mismos supuestos generales que la normativa retórica y la normativa poética; en particular: (a) se refiere al mismo nivel lingüístico, esto es, el de las unidades léxicas, (b) da por sentada la misma clasificación básica de esas unidades y (c) se apoya en la misma distinción funcional.

¹ Cf. por ejemplo, Morpurgo-Tagliabue, G. (1967); Larkin, M. (1971); Casevitz, M., Charpin, F. (1983).

² La distinción entre la dialéctica y la filosofía es, en Aristóteles, sólo metodológica y no resulta relevante para lo que examinaré aquí, de modo que hablaré genéricamente de "expresión científica".

³ Se hallan observaciones complementarias en otros lugares del *Organon*.

En otro trabajo⁴ he señalado que, según se desprende de *Poética* xxi, Aristóteles concibe la producción de una expresión lingüística en general (llamada allí "léxis") como la combinación de unidades léxicas o "nombres" (*onomata*) en una secuencia. Esa operación es precedida por la selección de tales unidades dentro del repertorio léxico de la lengua. La expresión lingüística en general tiene, pues, dos ejes, el de la selección y el de la combinación.⁵ En general, lo que la normativa aristotélica establece son las pautas para la selección (estudiada, deliberada, crítica) de las unidades léxicas a fin de componer un texto o una expresión con cualidades definidas. La pauta básica de la selección deriva de la finalidad, esto es, de la función de la expresión, la cual es, desde luego, distinta en los campos particulares de la poética, la retórica y la ciencia.

Ahora bien: la norma de la expresión científica deriva o depende de la función *cognoscitiva* que es propia de la ciencia en general: la finalidad primaria de la proposición científica es, en efecto, la de *dar a conocer su objeto*.⁶ Por cierto, esa función está más o menos presente en toda expresión, científica o no, en la medida en que conlleve lo que comúnmente se denomina "función referencial". Lo distintivo de la comunicación científica en este sentido, es que en ella se procura llevar esa función al grado más alto posible. De acuerdo con ello, la selección de las unidades léxicas en la expresión científica está, como se verá, orientada por un ideal de referencialidad máxima.

Según Aristóteles, la condición preliminar de todo ello se identifica con la condición preliminar básica de la comunicación en general, esto es, que los interlocutores se atengan al vocabulario vigente. Las dos formas fundamentales de error en una proposición científica son, dice Aristóteles, dos, a saber, la falsedad y la anomalía léxica. La anomalía léxica consiste en contravenir (*parabainein*) el vocabulario existente (*he keiméne léxis; he keiméne onomasía*).⁷ Las unidades

⁴ Sinnott (1998: 171-172).

⁵ Esta distinción es bien conocida modernamente en especial a través de la formulación que de ella ha hecho Roman Jakobson (cf. Jakobson [1963: 47-48]), en quien representa una oculta herencia del aristotelismo. Lo mismo ocurre con lo esencial de la distinción entre diversas funciones del lenguaje hecha por Jakobson, en particular la función poética (cf. más adelante).

⁶ Función expresada en giros tales como "toû matheîn khárin" o "toû gnorísai khárin"; cf. *Top* IV ii 130a4-5.

⁷ Cf. *Top* II i 109a30-33: *hoi, tois allotriois onómasi tà prágmata prosagoreúontes, hoion tèn plátanon ánthropon, parabainousi tèn keiménen onomasían.*

comunicativamente válidas son, pues, las unidades del repertorio aceptado o heredado,⁸ formado por las palabras comunes y tradicionales (*tà paradedoména koinà onómata*),⁹ y el hablante debe emplearlas con el significado que ellas tienen en ese repertorio.

Debe ser así al menos en la medida en que el léxico establecido satisfaga las necesidades designativas de la expresión científica. Como Aristóteles hace notar a menudo en sus análisis, en ese léxico suele haber lagunas:¹⁰ por ejemplo, puede no hallarse en él una unidad que dé nombre a un rasgo, común a varias cosas, establecido en un proceso de inducción. Las insuficiencias léxicas pueden suplirse, desde ya, mediante una perífrasis. Con todo, Aristóteles aconseja, en esos casos, la introducción de un nombre nuevo (*onomatopoiēn*).¹¹ Sólo la necesidad expresiva notoria, por la falta de lexicalización de un contenido conceptual, justifica el uso del *neologismo* en la proposición científica.¹² Por lo demás, deben emplearse, agrega Aristóteles, las unidades léxicas corrientes o comunes (*tà kyria onómata*).

La sola recomendación de valerse de las unidades del léxico común no es, por cierto, suficiente. Entre las palabras del vocabulario establecido deben elegirse sólo las provistas del fundamental rasgo de la "claridad" (*tò saphés*). Es, en efecto, la claridad lo que califica a una palabra para la función cognoscitiva y le confiere a la expresión en que forma parte la indispensable inteligibilidad.

2. Univocidad y multivocidad

Formulada negativamente, la regla declara que no deben incluirse en la expresión científica unidades léxicas que contengan un factor de opacidad o de obscuridad (*tò asaphés*). El primero de los factores de opacidad es, para Aristóteles, la multivocidad (*tò pollakhôs légesthai, tò pleonakhôs légesthai, he homonymía*). La claridad de la

⁸ *Top* VI x 148b20-21: *tēi mēn onomasíai deī khrēsthai tēi paradedoménei kai parepomēnei.*

⁹ *An Post* II xiv 98a13.

¹⁰ Aristóteles llama la atención con muchísima frecuencia al fenómeno de la anonimia. Cf. Bonitz (1961: 69b2-29).

¹¹ Cf. *Top* VIII ii 157a21-30 y *An Post* II xiv 98a13-19.

¹² Cf. *Cat* vii 7a6-25: muchas veces no hay palabra que designe a un correlativo y debe formarse una denominación. Los ejemplos del propio Aristóteles muestran su preferencia por la derivación regular. Cf. además *EN* II vii 1108a16-19.

expresión depende, por tanto, ante todo de la univocidad (*tò monakhòs légesthai, he synonymía*) de las palabras que la componen.

La noción aristotélica de univocidad (la "*synonymía*") corresponde a la unidad léxica "normal", esto es, a la unidad en que el significante (*ónoma*) se asocia con una sola noción (*lógos*) y designa por tanto una clase homogénea de referentes (*prágmata*). Son "sinónimas" las cosas que comparten nombre y definición.¹³ La palabra "*ánthropos*", por ejemplo, designa unívocamente (o, en el sentido aristotélico del término, "sinonímicamente") a todos y a cada uno de los hombres individuales, porque "*ánthropos*" está asociada a un solo significado, cuya explicitación es la fórmula (el *horismós*) que indica la *ousía* del hombre en general y de cada hombre individual.¹⁴

El concepto aristotélico de univocidad es, pues, comparativamente sencillo. El de multivocidad es, en cambio, más bien problemático.¹⁵ Se lo identifica con el concepto de "homonimia" (*homonymía*), definido en las líneas iniciales del *corpus*.¹⁶ De acuerdo con esa definición, la "homonimia" representa la situación inversa a lo que sería una denominación múltiple (*polyonymía*) o "sinonimia" en el sentido moderno. En la denominación múltiple, dos o más unidades léxicas están asociadas con la misma noción y tienen los mismos referentes; en la homonimia (o multivocidad), una misma unidad léxica está, en cambio, asociada con dos o más nociones distintas y designa por tanto clases de referentes heterogéneas. En ese caso, la palabra representa más de un contenido, así que en lugar de empleársela siempre "de una única manera" (*monakhòs*), se la emplea "de distintas maneras" (*pollakhòs, pleonakhòs, kath'héteron trópon*).¹⁷ La mayoría de los hechos de multivocidad

¹³ Cf. *Cat* i 1a6-8. La sinonimia es, según esta definición, un rasgo de las cosas en relación con las palabras y no de las palabras mismas.

¹⁴ Los ejemplos aducidos por Aristóteles muestran que la sinonimia abarca la hiperonimia, esto es, la relación semántica que existe entre el nombre del género y los nombres de cada una de las especies incluidas en ese género. Cf. Lyons (1980: (2) 300-311).

¹⁵ Cf. Barth (1942); Hirschberger (1980); Owen (1960) y (1965); Wagner (1981); Specht (1964); Anton (1968); Leszl (1970); Barnes (1971); Hintikka (1971) y (1973); Hamlyn (1979); Irwin (1981).

¹⁶ Cf. *Cat* i 1a1-3. También en este caso la noción se refiere a las cosas por su relación con las palabras y no a las palabras mismas.

¹⁷ La anomalía puede eliminarse, al menos teóricamente, estipulando para cada contenido un significante específico. Cf. *Met* IV iv 1006a34-b4.

resultan, en Aristóteles, de una asociación azarosa (*apò tykhes*)¹⁸ o "accidental" (puesto que la *tykhe* no es sino la causalidad accidental) de una palabra con más de un contenido.¹⁹

La regla de la expresión científica que restringe la selección a las palabras corrientes (*kyria onómata*), asegura que la comunicación no quede limitada a un plano puramente verbal: que los argumentos se ajusten a la cosa misma (*kat'autò tò prágma*), y no se refieran sólo a palabra (*pròs tò ónoma*); la incertidumbre que conlleva la multivocidad puede hacer, en efecto, que los hablantes no dirijan el pensamiento a lo mismo (*mè epì tautòn ... phérein tèn diánoian*).²⁰ Es posible decir, pues, que la expresión formada de palabras comunes unívocas hace, desde este punto de vista, que la expresión sea *transitiva*, es decir, que los interlocutores trasciendan el plano de la expresión en una referencia común al mismo contenido.

3. Sentido metafórico y sentido no metafórico

De las muchas formas de la polisemia que pueden reconocerse en Aristóteles interesa ahora en especial la que corresponde a la variedad metafórica. Pues la segunda de las reglas de la expresión científica establece el empleo de las unidades léxicas (habituales y unívocas) en su *sentido literal* (o "corriente": *kyríos*) y excluye el uso de metáforas.²¹ Esta regla de la literalidad, lo mismo que la regla de la univocidad, depende de la exigencia general de que la expresión sea clara: la expresión metafórica debe evitarse, según Aristóteles, porque toda metáfora es oscura (*asaphés*).²² En los *Tópicos* se ilustra la aplicación metafórica de una palabra en un enunciado científico con el ejemplo del

¹⁸ Cf. *EN* I iv 1096b26-27.

¹⁹ Son los que se tiene en cuenta en el contexto del tema aquí discutido. Hay una multivocidad en cierto modo "motivada" (y no accidental) o "paronímica" en la que la comunidad de nombre tiene una cierta base en la relación de presuposición o de superposición parcial de las definiciones (esto es, de los significados) o en la existencia de un significado central unitario a todos ellos (un *focal meaning*), como es el caso de la multivocidad del ser, no azarosa, sino fundada en la relación *pròs hén* (*ad unum*). Este concepto fue retomado más tarde por la tradición como una de las variantes de la analogía.

²⁰ *Top* I xv 106a1-107b37; cf. *Top* I xviii 108a18-24.

²¹ Cf. *An Post* II xiii 97b37-39.

²² *Top* VII ii 139b34-36: *pân gàr asaphès tò katà metaphoràn legómenon*.

uso de "*symphonia*" como denominación de la prudencia (*sophrosyne*).²³ Lo mismo que toda otra metáfora, ésta, explica Aristóteles, expone al hablante, en el curso del debate, a una refutación sencilla, pues el adversario puede tomar la palabra como dicha en sentido literal, y así la afirmación aparece como abiertamente falsa.²⁴

La definición de la metáfora se encuentra, como es sabido, en *Poética* xxi. De acuerdo con ella, la metáfora es la "imposición" o traslado (*epiphorá*) de una palabra (a una cosa) sobre la base de una relación de analogía, de hiperonimia, de hiponimia o de cohiponimia.²⁵ Así definida, la metáfora no es, desde luego, una clase especial de palabras, sino más bien el proceso que afecta a las palabras corrientes (*kyria*) cuando el hablante instituye un segundo sentido al "reemplazar" una unidad léxica (por ejemplo, "*sophrosyne*") por otra (por ejemplo, "*symphonia*"), de modo que la palabra realmente empleada asume el significado de la reemplazada ("prudencia") sin perder el significado propio ("armonía"). En la metáfora coexisten, pues, dos significados, lo mismo que en la multivocidad. Pese a eso, cabe distinguir entre metaforicidad y multivocidad, según se desprende de Aristóteles, al menos por tres razones:

(a) La primera es la *ocasionalidad* de la metáfora y, con ello, el nivel en el que el fenómeno se sitúa: el nombre multívoco está asociado con dos o más significados *en el léxico* (esto es en el nivel de la *langue*); en la metáfora, en cambio, un nombre asociado en el léxico con un significado determinado, asume *en el enunciado* (esto es, en el nivel de la *parole*) un segundo significado, limitado, en principio, a esa ocurrencia.

(b) La segunda es que en la palabra meramente multívoca los distintos significados son igualmente literales o "corrientes" (*kyrios*) y se sitúan por tanto en el mismo nivel jerárquico (esto al menos desde el punto de vista de Aristóteles, para quien las metáforas lexicalizadas, son casos de multivocidad "casual" y no motivada); en la metáfora, en cambio, los significados forman una clara jerarquía: uno es primario (literal o estable) y el otro secundario (metafórico u ocasional).

(b) La tercera razón (que es la que reviste más importancia en este contexto) es que la metáfora plantea la necesidad de una *interpretación* en una forma que la palabra multívoca no metafórica no plantea.

²³ *Top* IV iii 123a35-37; VI ii 139b33-34. *Top* IV iii 123a36: *ou kyrios allá metaphorái*.

²⁴ *Top* VI ii 140a6.

²⁵ Cf. *Poet* xxi 1457b6-7.

Puede decirse que el conocimiento de la multivocidad común, a diferencia de la metaforicidad, forma parte de la competencia lingüística general: la asociación de la palabra "*kyon*" tanto con una especie animal ("perro") cuanto con una constelación, es parte del saber lingüístico del hablante del griego por el solo hecho de que habla griego; en cambio, para la interpretación de la metáfora la sola competencia lingüística no es suficiente: el hablante de griego no necesariamente pasa de "*symphonia*" = "armonía" a "*symphonia*" = "prudencia".²⁶ Además, en el caso de la palabra multívoca, el contexto es, por lo común, punto de referencia suficiente para determinar en cuál de sus sentidos ha sido empleada en una ocurrencia en particular; en el caso de la metáfora, el contexto permite determinar tan sólo que el nombre ha sido empleado de manera inhabitual, pero no permite determinar *inmediatamente* su sentido preciso.

Estas observaciones acerca de la palabra metafórica y la palabra multívoca permiten precisar que para Aristóteles la opacidad o la "obscuridad" (*tò asaphés*) de esos fenómenos semánticos no estriba en que las expresiones a que dan lugar sean por principio incomprensibles, sino en que no son *inmediatamente* comprensibles: se los comprende sólo tras un proceso de *interpretación*, esto es, tras un momento de cierta incertidumbre de sentido. La expresión formada por nombres corrientes aplicados en sentido literal satisface, en cambio, la exigencia de la comprensibilidad inmediata: no presenta ninguna problematidad desde el punto de vista hermenéutico, y ello porque no requiere de ninguna interpretación o, más bien, porque su interpretación es mecánica, esto es, no necesita de ningún proceso reflexivo concomitante o previo. En cambio, en la interpretación de una metáfora la irrelevancia de la palabra para el contexto (se ha dicho "armonía" cuando se estaba hablando de virtudes y no de sonidos) debe ser resuelta por el receptor mediante la determinación de su significado ocasional, esto es, mediante la determinación del nombre "reemplazado". Ese proceso de interpretación es, según Aristóteles, comparable con la resolución de un enigma²⁷: el receptor debe reconstruir las relaciones²⁸ que el emisor ha descubierto y ha hecho valer al producir la metáfora.

²⁶ En correspondencia con ello, la capacidad de producir metáforas rebasa la mera capacidad lingüística y supone capacidades especiales.

²⁷ Cf. *Poet* xxii 1458a25-30; *Rhet* III ii 1405a34-b5; III xi 1412a24-26.

²⁸ Las relaciones de analogía, de hiponimia, hiperonimia y cohiponimia antes mencionadas.

4. Connotación y denotación

La normativa de la expresión científica establece, en tercer lugar, el uso de la palabra habitual (*eiothós*) o conocida (*gnórimon*), pues el carácter contrario, de inhabitual (*ouk eiothós*) o de poco conocida (*agnostóteron*), de las palabras es, según Aristóteles, otro factor de obscuridad (*tò asaphés*).²⁹

Las reglas de la univocidad y de la literalidad antes consideradas, se refieren, como se ha visto, al plano denotativo de la significación. La regla de la habitualidad atiende en cambio, a los valores connotativos que, según Aristóteles, las palabras ostentan en razón del grado de frecuencia de su empleo y el conocimiento que los hablantes tienen de ellas.

Tomaré sólo el ejemplo más extremo (introducido por Aristóteles quizá con cierto humor): la palabra "*ophryóskios*" (usada, precisa Aristóteles, por Platón el comediógrafo) para designar al ojo, como alternativa de "*ophthalmós*". (Un ejemplo menos extremo es el de la frase "*brotós argós*" en lugar de "*ánthropos leukós*" para designar a un hombre blanco).³⁰ La palabra "*ophryóskios*" es, al parecer, unívoca, literal, y denotativamente equivalente a "*ophthalmós*". Lo mismo vale para "*brotós*" en relación con "*ánthropos*".

Por cierto, desde el punto de vista técnico, las palabras "*ophryóskios*" y "*brotós*" son casos de denominación "accidental": aluden a una cosa por una relación, esto es, al ojo por su posición respecto de la ceja (*ophrys*), que proyecta sobre él sombra (*skiá*), en un caso, o por una cualidad que le es propia por oposición a otra, a saber, al hombre por su condición de mortal, en el otro caso. Ambas contienen, pues, una predicación implícita. Pero no es esa razón, de índole lógica, lo que las hace normativamente objetables.

Las palabras "*ophthalmós*" y "*ophryóskios*" corresponden a lo que podemos entender como los dos polos de la habitualidad: la primera representa la habitualidad máxima y, por tanto, la preferencia léxica general y anónima: es la palabra que todo hablante de griego conoce y a la que espontáneamente recurre para aludir al ojo. La otra representa la inhabitualidad máxima y, por tanto, la preferencia léxica individual y personal: conlleva una remisión a la singularidad del acto expresivo de un hablante determinado. No es una palabra incomprensible (Aristóteles no la trata como tal): para formarla, Platón el comediógrafo se valió de

²⁹ *pân gàr asaphés tò mè eiothós*, *Top VII ii 140a35*.

³⁰ *Top II iv 111a8-11*; *Top VII ii 140a3-5*.

unidades léxicas ya existentes y en las reglas morfológicas generales de la lengua griega, conocidas por todo hablante. Pero su singularidad (o su extravagancia) ponen de manifiesto oblicuamente, por vía connotativa, en primer término, un elemento de subjetividad en la expresión misma (acaso refleja al mismo tiempo un estilo personal reconocible) y, en segundo término, un género, la comedia (donde la introducción de neologismos superfluos y llamativos es lícita y característica).

Es posible traducir todo ello diciendo que la palabra no habitual incorpora en la expresión valores connotativos ligados en general al plano de la *enunciación* y a la *subjetividad*. Son esos valores los que causan la opacidad de la expresión. El ideal de la claridad reclama palabras como "*ophthalmós*", que están despojadas de todo valor connotativo perceptible, y que, por así decirlo, hacen que la expresión se repliegue lo más posible al plano del *enunciado* y sea de ese modo vehículo del valor tácito de *objetividad*.

Además, la palabra habitual es, para Aristóteles, portadora de la *forma de ver habitual* de los hablantes respecto de las cosas, mientras que la palabra inhabitual tiene el efecto de inducir en el receptor una *forma de ver inhabitual* respecto de las cosas, aun de las que le son muy conocidas. La palabra inhabitual o poco conocida hace que, en efecto, las cosas se presenten como desconocidas o como poco familiares ellas mismas. En la *Metafísica*³¹ Aristóteles subraya que las enseñanzas (*hai akroáseis*: las exposiciones orales en que se imparte enseñanza) dependen de los hábitos de los receptores, "pues exigimos que se hable como estamos acostumbrados (*hos eiothamen*)", y si nos apartamos de eso, las cosas no se muestran iguales, sino que, "a causa de la inhabitualidad (*dià tèn asynétheian*)" de la expresión, se muestran "menos conocidas y extrañas (*agnostótera kai xenikótera*), pues lo habitual es lo conocido (*tò gàr synethès gnórimon*)".

Por otra parte, según la *Retórica*,³² el expresarse de manera inhabitual (el *poieîn xénen tèn diálekton*) suscita curiosidad respecto de la expresión misma: la expresión misma se vuelve sorprendente (*thaumastón*) y grata de por sí (*hedy*). Tal atractivo de la expresión hace que nos demoremos en ella, y en eso consiste su opacidad: la expresión no funciona como simple vehículo, imperceptible él mismo, de la

³¹ *Met II iii 994b32-995a3*. La aplicación de nombres inusuales en la poesía produce el mismo distanciamiento de los hechos y de las personas respecto del ámbito cotidiano. Cf. *Rhet III ii 1404b13-14*: *pléon gàr exésteken peri hà kai peri hoùs ho lógos*.

³² *Rhet III ii 1404b8-12*.

referencia, y las palabras se vuelven intransitivas. Ahora bien: esos efectos de distanciamiento o de extrañamiento respecto de las palabras y de las cosas suscitados por las palabras inhabituales, son, desde ya, de naturaleza estética, y resultan deseables y válidos en el terreno de la poética y la retórica. Desde este punto de vista, la norma de la expresión científica es la exacta inversión de la norma de la expresión poética (en la que no ingresaremos aquí): la regla fundamental de la normativa poética fija, en efecto, una selección léxica sistemáticamente divergente de la selección habitual. Para Aristóteles, la poeticidad de la expresión depende sobre todo del empleo de palabras extrañas (*xenikà onómata*), opuestas por definición a las palabras corrientes (*kyria onómata*),³³ esto es, a aquellas de las que se valen todos los miembros de una comunidad lingüística.³⁴

En la poética se prescribe, pues, lo mismo que en la ciencia se reprueba: la opacidad (*tò asaphés*) derivada del empleo de palabras extrañas (y de neologismos y metáforas, usos también excluidos, como se ha visto, por la normativa de la expresión científica), o, en rigor, *un cierto grado de opacidad*, no la opacidad absoluta del enigma: la expresión poética debe ser singular, pero también interpretable.

5. Interpretación y claridad

Ahora bien: el concepto implícito de interpretación es el mismo en *Poética* y en los *Tópicos*. Según ese concepto, la interpretación consiste en determinar la palabra habitual que el poeta ha eludido o "reemplazado" deliberadamente, con fines estéticos, o que el dialéctico por error, o por mala fe, no ha empleado. La interpretación es, pues, según Aristóteles, *una traducción*, en términos de las unidades léxicas habituales (*tà kyria onómata*), de una expresión dada.

En la poesía, esa traducción consiste en reemplazar (*metatithénai*) por nombres habituales (*kyria onómata*) todas las variedades de nombres extraños (*xenikà onómata*) a que el poeta haya recurrido.³⁵ Para Aristóteles, tal sustitución es siempre viable. Desde ya, en ella la cualidad estética se pierde,³⁶ porque, como se ha visto, la poeticidad deriva justamente de una selección divergente respecto del vocabulario

³³ *Poet* xxi 1458a22-23: *xenikòn dè légo ... pân tò parà tò kyrion*.

³⁴ *légo dè kyrion mèn hōi khrōntai hékastoi*, *Poet* xxi 1457a3-4; Cf. *Rhet* III ii 1404b33-35.

³⁵ Cf. *Poet* xxii 1458b17-18.

³⁶ Cf. *Poet* xxii 1458b21-22.

habitual, y éste funciona aquí como traducción. Para Aristóteles la poesía no funda, pues, ningún sentido denotativo nuevo. Desde ese ángulo la poesía no es necesaria: el léxico habitual suministra los medios indispensables para poder expresar virtualmente todos los contenidos posibles (desde ya, los ocasionales fenómenos de anonimia no prueban lo contrario).

Las palabras habituales o corrientes usadas en la traducción que es la interpretación, no necesitan ser traducidas ellas mismas; se las podría aclarar, por cierto, pero esa aclaración lleva, más allá del plano de las unidades léxicas, al plano metalingüístico de la definición nominal.³⁷ Las palabras traductoras últimas son, por así decirlo, las palabras que están directamente enlazadas con la noción por arraigar en el saber lingüístico inmediato, y cuya comprensibilidad es por eso *inmediata*.

En el terreno específico de la expresión científica, el uso de una palabra inhabitual que se presenta como incoherente en el contexto, requiere, según se ve en los *Tópicos*, la aplicación crítica de la tipificación de las distintas variantes de la multivocidad (homonímica o metafórica), en un uso hermenéutico de ellas, hasta determinar la palabra habitual que restituya la coherencia. Si por medio de esa tipificación la traducción no es posible, el hecho indica que la expresión no es interpretable o normalizable, esto es, que carece de sentido. Aristóteles ilustra el sinsentido con un caso de uso de las palabras "*métron*" o "*eikón*" en fórmulas según las cuales la ley es la "medida" o la "imagen" de las cosas naturalmente justas.³⁸ Una expresión así ("peor que la metáfora")³⁹ alcanza el máximo de opacidad, esto es, una enigmaticidad insoluble:

(a) la palabra no puede interpretarse en sentido literal (o en alguno de sus sentidos literales si resultara multívoca), porque entonces la expresión es manifiestamente falsa;

(b) la palabra no admite una interpretación metafórica, porque no puede reconstruirse ninguna relación analógica, hiponímica o hiperonímica; por otra parte

(c) la palabra tampoco admite la hipótesis de que se trate de un

³⁷ Salvo en los casos de equivalencia absoluta (esto es, de sinonimia absoluta) entre dos unidades léxicas, las cuales se aclararían enteramente la una a la otra. Ésa es, según Aristóteles, la relación que existe entre "*lópion*" y "*himátion*": cf. *Top* I vii 103a9-10; *Met* IV iv 1006b25-27.

³⁸ *Top* VI ii 140a7-8.

³⁹ *Top* VI ii 140a8: *kheiro tēs metaphorās*.

neologismo (como "*ophryóskion*"), pues es claramente reconocible como unidad del léxico existente.

No siendo, pues interpretable o traducible sobre la base de los conceptos de multivocidad, de metafóricidad, de literalidad⁴⁰ o de neologismo, la expresión carece de sentido, no da a conocer nada.⁴¹

La necesidad de una interpretación explícita se presenta sólo en la expresión científica anómala o errónea; o bien, el hecho mismo de que se plantee esa necesidad es signo de su anomalía o de su incorrección. La expresión científica normal o correcta no requiere, pues, de una hermenéutica explícita; su interpretación es inmediata, mecánica o espontánea. La propiedad que resulta de ello es la que podemos caracterizar como la *autonomía* propia de la expresión correcta: la expresión se basta a sí misma para indicar su objeto, sin el requisito de una sustitución o una equivalencia interpretativa. En los *Tópicos* se señala, por ejemplo, que, si es correcta, la fórmula de una definición (el *definiens*), debe bastar por sí sola (*kath'hautón*); si no, ocurre "como en las obras de los pintores arcaicos", donde "no se reconocería qué es cada cosa si no se agregase un título (*ei mē tis epégraphen*)".⁴² La expresión científica correcta es, pues, por implicación, como una representación gráfica que se ajusta a un código conocido y preciso y permite por eso que las figuras se identifiquen inmediatamente sin que medie expresamente la pregunta "qué es" (o "qué representa") cada cosa. El epígrafe o el título aclaratorio, que para Aristóteles es necesario en una pintura arcaica, equivale a la traducción verbal abreviada de la literalidad pictórica, o la clave para la interpretación. Si es indispensable agregarlo como condición de su legibilidad, ello se debe a la deficiencia de la pintura misma.

6. Conclusiones

En resumen, el ideal de la claridad, que, como se ha visto, preside la normativa de la expresión científica en su conjunto, reclama la univocidad, la literalidad y la habitualidad de las unidades léxicas; de esas propiedades derivan la transitividad y la autonomía de la expresión. Aun cuando tales propiedades son en cierto modo solidarias entre sí, la

⁴⁰ *Top VI ii 140a7: ou̐te kath' homonymían ou̐te katà metaphoràn ou̐te kyríos eíretai.*

⁴¹ *Top VI ii 140a11-13: tò dè toioûton ou̐ poiēi gnórimon. ou̐te gàr he homoiótes hypárkhei <...> ou̐te kuríos eíothe légesthai.*

⁴² *Top VI ii 140a20-22.*

univocidad asegura en particular la transitividad de la expresión; la literalidad excluye los valores simbólicos o connotativos en favor de la denotación; la habitualidad preserva del extrañamiento y de las incertidumbres interpretativas y confiere autonomía a la expresión.

La producción de expresiones científicas se alimenta, como se ha visto, del léxico común o general. La filosofía aristotélica del lenguaje científico no postula la necesidad de un lenguaje enteramente nuevo para la ciencia: lo que la ciencia necesita se encuentra en el seno del lenguaje natural. En eso concuerdan la teoría y la práctica aristotélicas: los términos técnicos que Aristóteles emplea, suponen, por lo común, una reelaboración o una especialización semántica de palabras del griego general, y pocas veces consisten en un neologismo notorio.⁴³ El hecho de que le pareciera suficiente el léxico habitual, armoniza con su forma de entender el signo lingüístico: a su juicio, el signo, por el lado del contenido, no hace sino recoger o sedimentar la experiencia (en el sentido de la *empeiria*) de los hablantes en el trato con las cosas, esto es, su familiaridad primera con lo universal, de la que parte la ciencia.⁴⁴

Con todo, el léxico tradicional y establecido es válido sólo si se lo depura críticamente. El discurso científico no se hace cargo en forma ingenua del discurso ordinario (de la *eiouthia diálektos*), porque si bien de hecho éste le ofrece al conocimiento una guía básica fundamental, contiene también muchos elementos contrarios a la claridad⁴⁵ y puede, además, inducir a la reificación de lo que es sólo una abstracción. En Aristóteles, la expresión científica se aparta críticamente del discurso ordinario suprimiendo de manera metódica los elementos de accidentalidad o de historicidad del lenguaje: contenidos accesorios, azarosos, contingentes (cuya forma más corriente es la multivocidad), que no solamente nos inducen inadvertidamente al error lógico, o que pueden ser aprovechados para inducir al error a otros, sino que también obstaculizan o impiden la comunicación científica.

Además de la multivocidad, la crítica aristotélica del lenguaje excluye, como se ha visto, la expresión figurada: Aristóteles no encuentra en la metáfora (cuyos ámbitos de validez son la poética y la retórica) ningún valor heurístico o expresivo particular en el campo de las ciencias. La idea de que el mundo puede (o debe) describirse sólo

⁴³ Quizá "*entelékheia*" sea creación suya; por lo demás, si los hay, se basan en elementos establecidos y se ajustan a los procedimientos morfológicos normales.

⁴⁴ Cf. Sinnott (1992).

⁴⁵ *Rhet III ii 1404b24.*

con sentidos rectos, cuyo vehículo es la expresión libre de toda marca personal o subjetiva, quedó, sin duda, en el espíritu del discurso filosófico o científico posterior como un elemento diferencial o característico. El ideal de la claridad (*tò saphés*) asociado a ella, responde al esfuerzo por llegar a una aproximación máxima del pensamiento a la cosa, si no al margen del lenguaje, al menos al margen de la gravitación del lenguaje como instancia autónoma y potencialmente negativa.

Ese ideal fijó una esencial relación de solidaridad entre objetividad e impersonalidad: por más que al principio haya compuesto diálogos como su maestro, Aristóteles entendió que en la ciencia el ejercicio del pensamiento requería separar la palabra del habla, aislar la expresión de la enunciación concreta y particular, reducirla lo más posible al solo enunciado, despojarla de los signos que remiten a la personalidad lingüística o estilística del emisor o la libran a la incertidumbre de la voluntad o de la capacidad hermenéutica del receptor. Fue ésa la vía por la que quedaron consagrados los rasgos de la objetividad y de la impersonalidad que singularizan al discurso científico tradicional.

7. Referencias bibliográficas

Obras de Aristóteles

An Post = *Analytica Posteriora*

Cat = *Categoriae*

EN = *Ethica Nicomachea*

Met = *Metaphysica*

Poet = *Poetica*

Rhet = *Rhetorica*

Top = *Topica*

Autores modernos

Anton, J.P. (1968), "The Aristotelian Doctrine of *Homonyma* in the *Categories* and its Platonic Antecedents", *Journal of History of Philosophy*, VI, 315-326.

Barnes, J. (1971), "Homonymy in Aristotle and Speusippus", *Classical Quarterly*, XXI, 65-81.

Barth T. (1942), "Das Problem der Vieldeutigkeit bei Aristoteles", *Sophia*, X, 11-30.

Bonitz (1961), *Index Aristotelicus, Aristotelis Opera*, V, Berlín, de Gruyter.

Casevitz, M., Charpin, F. (1983), "L'héritage gréco-latin", en: Bédard, É., Maurais, J. (comp.), *La norme linguistique*, París: Robert (L'ordre des Mots).

Hamlyn (1978), "Focal Meaning", *Proceedings of the Aristotelian Society*, LXXVIII, 1-18.

Hintikka (1971), "Different Kinds of Equivocation in Aristotle", *Journal of the History of Philosophy*, IX, 368-372.

Hirschberger (1980), "Paronymie und Analogie bei Aristoteles", *Philosophisches Jahrbuch*, LXVIII, 191-203.

Irwin, T. (1981), "Homonymy in Aristotle", *The Review of Metaphysics*, XXXIV, 523-544.

Jakobson, R. (1963), *Essais de linguistique générale*, traducción de N. Ruwet, París, de Minuit.

Larkin, M. (1971) *Language in the Philosophy of Aristotle*, The Hague: Mouton.

Leszl W. (1970), *Logic and Metaphysics in Aristotle*, Padova, Editrice Antenore.

Lyons, J., (1980), *Semantik*, München, Beck, 2 tomos.

Morpurgo-Tagliabue, G. (1967) *Linguistica e stilistica di Aristoteles*, Roma: Edizioni dell'Ateneo.

Owen G.E.L. (1960), "Logic and Metaphysics in some Earlier Works of Aristotle", in: Düring, I., Owen, G.E.L. (comps) *Aristotle and Plato in the Midfourth Century*, Göteborg, Alqvist & Wiksell, 163-190.

Sinnott, E. (1992), "Acerca de la noción de signo lingüístico en Aristóteles y en De Saussure", *Signos universitarios*, XI, 59-65.

Sinnott, E. (1998), "Acerca de la noción de *phoné* en *Poética xx*", *Stromata*, LIV (1-2), 169-185.

Specht, E. (1964), "Über die primäre Bedeutung der Wörter bei Aristoteles", *Kantstudien*, LV, 245-271.

Wagner (1981). "Über das aristotelische *pollakhôs légetai tò ón*", *Kantstudien*, LIII, 75-91.

Filosofía de la acción histórica¹

por Jean Ladrière (Louvain-la-Neuve, Bélgica)

La reunión que hemos mantenido hoy ha sido impresionante por la significación que ella tiene. En primerísimo lugar, sin duda, en razón de la presencia del Padre Scannone entre nosotros, por lo que él representa de por sí, y también, me parece -y creo que ustedes serán del mismo parecer-, porque es el portavoz, primero, de los hermanos jesuitas con los que realiza el trabajo filosófico del que nos ha hablado, pero también del pueblo cuya experiencia el Padre Scannone intenta comprender: el pueblo de América Latina, que ha estado presente constantemente en su discurso.

Usted ha mencionado, Padre Scannone, la reflexión de Enrique Dussel, quien propone que la filosofía esté representada no sólo por la lechuza sino también por el ave matinal. Al escucharlo, pensaba que usted y sus hermanos son ejemplo de eso. También me preguntaba -y es así como podría terminar la reunión- por el "efecto de rebote", si puedo llamarlo así, de lo que usted nos ha dicho, de lo que hace, sobre la manera en que trabajamos aquí, puesto que estamos en un Instituto de Filosofía (es ése el contexto en que se realiza esta reunión): cuál es, entonces, la incidencia, la implicación, el efecto de rebote de lo que usted nos ha dicho en relación con el trabajo que nosotros hacemos.

Son dos los puntos problemáticos, sugeridos por su exposición, que yo veo, y acerca de los cuales tenemos que reflexionar. El primero es el de la situación de la filosofía en relación con la cultura; el

¹ Sin cambiar el estilo oral, publicamos la traducción de la *Conclusión del Coloquio sobre "Philosophie et pluralité des cultures. Un point de vue latino-américain"*, presidido por Jean Ladrière, celebrado el 25 de noviembre de 1996 en el Instituto Superior de Filosofía de la Universidad Católica de Lovaina (lengua francesa), con una conferencia del P. Juan Carlos Scannone, S.I. (Rector de las Facultades de San Miguel) y la participación, como "reactores" e integrantes de una mesa redonda, de profesores de la Universidad de Lovaina, de las Facultades Universitarias N.D. de la Paix, de Namur, y de las Facultades Universitarias Saint Louis, de Bruselas. La publicación se retrasó por razón de la transcripción de la grabación magnetofónica.